

Pecho, cintura, vientre y muslos flacos,  
Hasta las pantorrillas y talones.  
¿Quién podrá concertar las opiniones  
De tanta variedad de currutacos,  
Unos de grande talla, otros retacos,  
Unos de largo pelo, otros pelones?  
Cada uno, según su cuerpo y talle,  
Dar la ley quiere en gala y en arreo  
A los demás, con tal que no se halle  
En casa, en la tertulia, en el paseo,  
En el café, en la iglesia, ni en la calle  
Quien vaya más ridículo y más feo.

## IV.

Voy á hacer un soneto, porque ahora  
De sonetos está la musa mía,  
Que hay quien muda dictámen cada día,  
Y mi musa lo muda cada hora.  
No es mucho ser mudable, si es señora;  
Y yo, que le conozco la manía,  
Temo, si me descuido, que se ria  
De mí, porque es un tanto burladora.  
Pues que si rematado aquel cuarteto  
Se le antoja una décima u octava,  
No hay que acordarse más de tal soneto.  
Mas loado sea Dios, que ya se acaba  
En añadiendo al último terceto  
Este verso, no más, que le faltaba.

## ODAS.

## I.

AL ESPÍRITU-SANTO,  
EN EL DIA DE PENTECOSTÉS.

La fuerza poderosa  
Cantaré del amor en este día,  
Y la maravillosa  
Llama en que Dios ardia,  
Y el soberano don que al suelo envia,  
En el principio eterno  
Sin principio ni fin, del Padre era  
El Verbo sempiterno,  
De inefable manera,  
Imágen fiel, sustancia verdadera.  
El Padre lo engendrabá  
Y en eterno esplendor lo producía;  
El uno al otro amaba,  
Y del fuego que ardia  
El Espíritu-Santo procedía.  
¡Oh clara, luminosa,  
Generación eterna, inenarrable!  
¡Oh procesion dichosa  
De amor inagotable,  
Abismo profundísimo, insondable!  
Por tí el orbe criado  
En el fuego de amor luego se inflama;  
Que de uno en otro lado  
Prende la sacra llama,  
Y todo arde en un punto, y todo ama.  
Ama su centro el grave,  
Ama lo leve la sublime esfera,  
Ama el pez, ama el ave,  
Ama la agreste fiera,  
Y la planta y la flor á su manera.  
Amor respira el cielo,  
Amor la tierra, amor las aguas puras,  
Y con acorde anhelo  
Do quier, amor, procuras  
Al Hacedor unir las criaturas.  
Que en dulce consonancia  
Del amor siguen todas la armonía,  
Y amor es la sustancia  
Que las sustenta y cria,

Mientras torpe afición no las desvía,  
Cual de Eden en el huerto  
A nuestro común padre desvía,  
Y en triste desconcierto  
La armonía trocará  
Del orbe, y su destino malogrará.  
Volaste huyendo al cielo,  
Santo amor, y sus flores en abrojos  
Convirtió triste el suelo,  
Y en llanto nuestros ojos  
Su paz, y nuestras dichas en enojos.  
Mas ya vuelves ahora  
Para no te ausentar, y renovado  
El mundo ya te adora  
Por aquel enviado  
Que triunfó de la muerte y del pecado.  
¡Oh, bien venido seas,  
Paráclito eternal, que con tus dones  
Nos nutres y recreas!  
Lluevan tus bendiciones  
Sobre nuestros contritos corazones.  
Y nunca profanado  
Se vea ya tu templo, ni su lumbré  
Y esplendor eclipsado,  
Ni el alma se acostumbre  
Del pecado á sufrir la pesadumbre.  
Si alguna vez caemos,  
Tú á levantarnos vén, y tú nos guía  
Y alumbrá, si no vemos;  
Y si el pecho se enfria,  
Vén, y tu calor santo en él envia.  
Vén, y nos fortalece,  
Si alguna vez nuestro valor flaquea;  
Y tu ley enderece  
El pié, si se ladea,  
Si tímido se para ó titubea.  
Sople el impetuoso  
Viento en el alto techo, y resonando  
El ámbito espacioso,  
Y amores derramando,  
Lleve tras sí las almas arrastrando.  
El fuego centellante  
Que sobre los apóstoles ardia  
Al pecho de diamante  
Al alma seca y fria  
Ablande y dé calor en este día.  
Y unidos y enlazados  
En tus lazos, oh amor omnipotente,  
De pueblos apartados  
Haz una sola gente,  
Un corazón, un alma solamente.

## II.

## Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Sáfica.

Madre divina del amor hermoso,  
Madre prudente del temor sagrado,  
Madre fecunda del saber eterno,  
Dulce María;  
¿Cuál será el canto con que más te agrade  
De los humanos que con sacra lira  
Dulce resuenen? Porque tus loores  
Cantar anhelo.  
O ya del ángel el anuncio llegue  
A tu retiro, y pronunciado apenas  
El sí dichoso, sobre tí se lance  
Sombra divina,  
Y rodeada de su misteriosa  
Virtud, el Verbo de tu sangre pura  
Cuerpo se forme; y una vez tomado,  
Nunca lo deje;  
O ya del parto, de dolor exenta,  
Llegue la hora tanto deseada,  
Y el hijo nazca, del intacto vientre  
Fruto suave,  
Y reclinado del pesebre duro  
Entre las pajas, adorarle veas  
Angeles, reyes, astros y pastores,  
Brutos y plantas;

Ó bien lloroso, si se siente herido  
De la cuchilla que la ley ordena,  
Cándido néctar de tu casto pecho  
Temple su llanto;  
O lo presentes en el santo templo  
Y lo dediques en olor suave  
Al Padre Eterno, que del cielo mira  
Tanta pureza;  
O fatigada de buscarlo un día,  
Y de llorarlo como ya perdido,  
Allí lo halles, de la ley, sentado,  
Docto maestro;  
O de las bodas el escaso vino  
Le representes con modestia pia,  
Y generoso con el agua pura  
Vino provea;  
O de sus hechos el aplauso suene  
Entre la plebe que por rey lo aclame,  
Y luego sea de la plebe misma  
Victima triste,  
Y de la hueste que traidor ordena  
Júdas impío, conducido vaya,  
Como la oveja por los carniceros  
A la matanza;  
O valerosa de la cruz al lado  
Firme subsistas, y la espada aguda  
De Simeon el fiel y dolorido  
Pecho penetre,  
La voz oyendo generosa y clara  
Con que ya exangüe, lívido, anheloso  
Grite y ofrezca de su vida al Padre  
Ultimo aliento;  
Y retirada de la muchedumbre,  
Al lado siempre de tu nuevo hijo,  
Cuya tutela te dejó mandada  
Cuando moria,  
La vida pases en retiro santo  
Hasta que el ciclo coronarte vea  
De serafines, y su luz hermosa  
Huelle tu planta;  
Donde tu carne virginal y pura,  
Ya separada de la santa alma,  
Luego se una, y al eterno gozo  
Vuelé con ella;  
Y allí tu Hijo, del poder inmenso,  
De la sin tasa paternal clemencia,  
Con que socorras á los que te invoquen,  
Dueño te haga;  
Sea de gloria, de dolor ó gozo,  
A tí, Señora, dedicar deseo  
Sola mi canto, pero lo resiste  
Rústica musa.  
Plectro divino bastaría sólo  
Para loarte como yo querría,  
Y el mio, atado con cadencia dura,  
Aspero suena.  
Mas si te place que mi poesía  
De tus elogios instrumento sea,  
Tú la desata, y en acorde acento  
Templa mi lira.  
¡Oh si mi canto resonase ahora  
Cual tú cantabas á Isabel un día!  
Mas aquel astro celestial y puro  
No es imitable.  
Bástame sólo, y viviré contento,  
Que mientras viva, tolerable suene  
A tus oídos, y cantando un día  
Plácido muera.  
Y desasida del humano velo,  
Por tu favor el ánima guiada  
Al cielo sea, donde no se acabe  
Nunca su canto.

## III.

## Á SAN RAFAEL ARCÁNGEL.

Oda votiva.

Irritó la primera  
Rebeldía del hombre al justo cielo,  
Y abrió á la muerte fiera

La entrada en este suelo,  
Su alegría trocando en triste duelo.  
De males aquejado,  
Sintió entonces el hombre el duro frío,  
El calor abrasado  
Del ardoroso estío,  
Y el vapor y la niebla y el rocío.  
Y tarde pesaroso  
Abre los ojos, y con largo llanto,  
Del fruto deleitoso  
Conoce y llora, cuanto  
Le queda de dolor y de quebranto.  
Oyólo desde el cielo  
El Supremo Hacedor, y de su hechura  
Compadecido, el velo  
Rasgó, con que natura  
Sus ricos dones ocultar procura.  
¡Del dedo omnipotente  
Cuánta virtud con plantas y animales  
Vió la misera gente,  
Y en secos minerales,  
Puesta para remedio de sus males!  
Vió allí la fuerza activa  
De la mosca de Apulia, la grandeza  
Del opio, de la viva  
Plata la sutileza,  
Y la amarga febrífuga corteza.  
Mas aunque con divina  
Luz le fué de este modo descubierta  
La sábia medicina,  
El con mano inexperta  
Muchas veces halló la muerte cierta.  
De nuevo conmovida  
Del Criador la paternal clemencia,  
Que vió tan triste vida,  
Tanta cruel dolencia,  
Tan inconstante y frágil existencia;  
Al noble peregrino,  
Que bajo el nombre y forma de Azarias  
Condujo en su camino  
Sano y salvo á Tobías,  
Y curó al padre y alargó sus días,  
Le dió que remediase  
Toda humana dolencia, y de divina  
Virtud participase  
Su mano peregrina,  
Y de Dios fuese él mismo medicina.  
Abatió su guadaña  
La muerte entonces, y del crudo acero  
Embotada la saña,  
Viéndose de su fuero  
Desposeída y su poder primero,  
Gritó: «Luego es en vano  
De mi segur y mi arrogancia fiera  
El rigor inhumano,  
Si, uno solo que muera,  
Es necesario que el Arcángel quiera.»  
Dijo, y desde aquel día  
A solo Rafael subordinada,  
El que herir ya sentía  
Su hoz envenenada,  
La salud por él cobra deseada.  
Así yo, Arcángel santo,  
Postrado al mal en doloroso lecho,  
Y de mortal quebranto  
Herido el flaco pecho,  
A tí clamando, en lágrimas deshecho,  
Viendo de la consorte  
Amada y tierna el misero gemido,  
Que no hay quien la conforte,  
Y del hijo querido  
El juvenil aliento ya perdido,  
A tí clamando dije:  
¿Adónde estás en tan tremenda hora?  
Del mal que así me aflige  
Vén á salvarme ahora,  
Vén, Rafael, con mano bienhechora,  
Ya del nevado monte  
Se deslizaba al mar la noche fria,  
Y en opuesto horizonte  
La luz respandecía  
Que empezaba á rayar del claro día;



Ya blando y dulce sueño  
A coronar mis sienas empezaba  
Con suave beleño,  
Y en sueños yo te hablaba,  
Y en tu mano benéfica esperaba;  
Mientras del caso grave,  
Desatando mis poros repentina  
Traspiración suave,  
Me salvó tu divina  
Protección, sin humana medicina.  
Y luego á la mañana,  
Cuando gozoso el médico veía  
La curación temprana,  
A tí lo atribuía,  
A tí sólo las gracias repeta.  
Y yo, de nueva vida  
A tí deador, ensalzare en mi canto,  
Con alma agradecida,  
Tu nombre sacrosanto,  
Por quien ya no me da la muerte espanto.

## IV.

## AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Cenaba la postrera  
Noche el santo Pastor con su rebaño,  
Como lo deseó con gran deseo  
Antes que padeciera.  
Amábalo sin par; y con extraño  
Rapto su amor en inmortal recreo,  
Próximo ya á la muerte,  
Más vigoroso y fuerte  
Se ostenta; y, cual la llama  
Que, en angosto recinto comprimida,  
Por fuera se derrama,  
Sin que nada le impida,  
Rompe el límite estrecho de la vida.  
Y de la noche bella,  
Que venció en esplendor al claro día,  
Consagró para siempre la memoria,  
Instituyendo en ella  
La sacrosanta augusta Eucaristía.  
Completóse de amor la dulce historia  
Con este sacrificio;  
Y el Pastor, que propicio  
Por sus ovejas muere,  
Mal con esta fineza satisfecho,  
Apostentarse quiere  
En el humano pecho,  
Sabroso pasto y dulce manjar hecho,  
Gustar el hombre quiso  
De la fruta del árbol prohibida,  
Y el funesto manjar temprana muerte  
Le da en el paraíso.  
Muere Jesús, y en celestial comida  
Le da la vida con trocada suerte;  
Y cuando se despide,  
Le encarga que no olvide  
Que ha por él derramado  
Su sangre, y muerto, porque más le deba,  
Por él crucificado,  
Y que de amor en prueba,  
Coma su carne, y que su sangre beba.  
Gratis memoria,  
Irrevocable eterno testamento,  
Pan del alto Querub apeteído,  
De la futura gloria  
Prenda y señal, y rico heredamiento  
Del nuevo pueblo en Gólgota adquirido;  
Los que de tí dudaron,  
De amor poco alcanzaron;  
Pues si la ardiente llama  
En flaco y mortal pecho no consiente  
La ausencia del que ama,  
Un pecho omnipotente  
Morir querría para estar ausente?  
Era tu fortaleza  
Al poder de la muerte comparada,  
Un tiempo, amor, igual; mas ya rompiste  
De la naturaleza

Las leyes; y la muerte acobardada  
Cediéndote su imperio, te pusiste  
Mas allá de la vida  
Con el hacha encendida  
En la ferviente mano,  
Abrasando en amores celestiales  
Al corazón humano,  
Y dando á los mortales  
Nuevo vivir en años eternos.  
Feliz el que te adora,  
Más feliz si te hospeda dignamente,  
Felicísimo, en fin, si te desea,  
Si de tí se enamora,  
Y á tí unido, contigo solamente,  
Dulce pan, y en tí vive y se recrea,  
¡Quién diera al pecho mío,  
Tan áspero y tan frío,  
Que de amor lo abrasara  
La viva llama, y que la unción divina  
Su dureza ablandara?  
Ven, gracia peregrina,  
Haz un milagro más, y á tí me inclina.

## V.

## Á SAN FERNANDO,

## REY Y PROTECTOR DE ESPAÑA.

El día que lloraba  
España de Fernando el Animoso  
La muerte, y descansaba  
El héroe glorioso  
Con triunfo eterno en inmortal reposo,  
Llorando le decía:  
«No me dejes así, monarca santo,  
A la dura porfía  
Sujeta y al quebranto  
Del árabe feroz, que temo tanto.»  
Al trono de luz pura  
Miró entonces Fernando, y los destinos  
Vió de la edad futura,  
Los arcanos divinos,  
Y los hechos de España peregrinos.  
Allí al quinto Fernando  
Luchar ve con el duro sarraceno,  
Y del morisco bando,  
Que resistió al onceno  
Don Alfonso, triunfar, de gloria lleno;  
Y á tanta valentía  
Rendida al fin Hispánica famosa,  
Brillar su monarquía  
Libre de vergonzosa  
Esclavitud, y rica y abundosa;  
Desde la excelsa cumbre  
De su prosperidad saltar los mares,  
Y de celeste lumbre  
Guiada, mil altares  
Alzar en remotísimos lugares.  
Entre tanta victoria,  
Ve que aunque la mordaz envidia ciega  
Negar quiera su gloria,  
Nuevos rumbos navega,  
Y á la fe y religion un mundo entrega.  
Y luego tremolando  
En Europa y en Asia sus pendones,  
Y en Africa demandando  
Las bárbaras naciones,  
Dilatarse con anchas posesiones,  
Del luminoso rayo  
Sigue á la clara luz indeficiente,  
Mas ¡ay! que ve el desmayo  
De España decadente,  
Su próxima ruina ve presente.  
¡Ay! Ve... ¡traición impía!  
¡Ay! Ve cautivo al séptimo Fernando,  
Con torpe alevosía,  
Y en olas mil luchando,  
Del Estado la nave zozobrando.  
Mas ve que el vergonzoso  
Yugo sacude el bravo turdetano,

Y vélo victorioso  
Sobre Bailén, y ufano  
Arrastrar las banderas del tirano.  
Ve al aragonés fiero,  
Que en Zaragoza vence, despreciando  
El plomo y el acero,  
Morir al fin luchando  
Entre la peste y el frances nefando;  
Morir lleno de gloria,  
Para gozar feliz y eterna vida  
En brazos de la historia,  
La frente denegrida.  
De verde lauro y de ciprés ceñida.  
Y al cántabro indomable,  
Al catalán robusto, al fiel gallego  
Con guerra perdurable  
Arder en vivo fuego,  
Resistir y sufrir, y vencer luego.  
Vuelta entonces á España  
La grave faz, que á Marte airado enfrena,  
«No temas ya la saña,  
Dice, de la agarena  
Turba, sino al que bebe en Loira y Sena.  
» Con fatal agasajo,  
Huésped infiel, del Ebro la corriente  
Y el Guadiana y el Tajo  
Pasando de repente,  
Día vendrá que dominarte intente.  
» Mas siempre incorruptible  
Descansará mi cuerpo en la ribera  
Del Bétis apacible,  
Y allí la Galia fiera  
Nunca subsistirá, por más que quiera.  
» Id, y la tumba fría  
Rodeando, elevad altos clamores  
Al cielo noche y día,  
Quemad gratos olores,  
Y al sepulcro cubrid y ornad de flores.»  
Dijo; y la fuerte España  
Entonces escribió: «Sobre la orilla  
Que al claro Bétis baña  
Colocaré mi silla,  
Y mi alcázar será la gran Sevilla.»  
Vuelve el tiempo su rueda  
Presurosa cien lustros, y en los años  
Que siguen, blanda y leda,  
Descuida, de tamaños  
Males adormecida y tantos daños.  
Al golpe, en fin, despierta  
Que le dió el enemigo, traspasada  
La mal vendida puerta;  
Y empujando la espada,  
Toca el clarín en Hispánia sagrada.  
Mil huestes numerosas  
Se le allegan y unen á porfía,  
Que corren presurosas,  
Marchando noche y día,  
Y arrojan al frances de Andalucía.  
Arrojanlo vencido,  
Prisionero, infeliz, menesteroso,  
Cobarde y desvalido,  
Al que entró tan brioso,  
Tan arrogante, activo y orgulloso.  
Mal luego defendida  
La inexpugnable y alta Somosierra,  
Poniéndose en huida,  
Prepara nueva guerra,  
Y su senado en Hispánia encierra.  
Del ancho baliarte  
Armas, víveres, ropas y dinero  
Van para cada parte  
Por todo el reino entero,  
Donde cada español es un guerrero.  
Arde cual fulminante  
Rayo el inglés y el bravo lusitano,  
La llama centellante  
Enciende ya al germano,  
Al tardo ruso, al tímido otomano.  
Albion opulenta  
Mil tesoros prodiga en ricos dones;  
Sin número ni cuenta  
Crecen las municiones,

Los soldados, las armas, los cañones.  
En tiendas y talleres,  
En repuestos, en ferias y mercados,  
No joyas de mujeres,  
No cintas ni tocados,  
Galas solo se ven para soldados.  
No hay sueño, no hay reposo;  
Teme, oh Soult, teme, oh Victor, teme ahora,  
Sebastiani insidioso,  
Teme á la vengadora  
Nación que de dos mundos es señora.

## VI.

## EN LA REVOLUCION FRANCESA.

## Á SANTIAGO, PATRON DE ESPAÑA.

Acorre, hijo del trueno,  
Acorre de tu España á la cuita;  
Mira cerca el veneno,  
Mira cómo la incita  
El godo que en su error se precipita.  
Nada está ya seguro;  
Hasta la faz de Europa ha cambiado;  
Un hombre bajo, oscuro,  
Reyes ha destronado,  
Y al sucesor de Pedro ha despojado.  
¡Triste y amarga era,  
En que el pueblo engañado no procura  
Libertad verdadera,  
Sino injusta sùltura,  
Y perdición y oprobio y desventura!  
Y encuentra quien lo guie  
En tan errado y necio desvarío,  
Y su conducta fie  
Al filósofo impío,  
Al ateo, al hereje y al judío.  
Y que su templo vea  
Con el pagano rito profanado,  
Y relajada crea  
Del monarca sagrado  
La obediencia y la fe que le ha jurado.  
Y luego los extremos  
Ejerza en él de su furor y saña,  
Como visto lo hemos  
(¡ Oh detestable hazafia !)  
En la region que Sena y Loira baña.  
Ejemplo lamentable,  
Contagio en tal frecuencia y cercanía,  
Jacobo, inevitable  
Si tu voz no nos guía,  
Y de tal precipicio nos desvia.  
En tí la confianza  
Cifra, más que en los timbres y blasones  
Que España noble alcanza,  
De ser á sus Borbones  
Apoyo fiel, envidia á las naciones.  
En tí solo confía  
Corrijas las ideas criminales  
De una filosofía  
Nueva á sus naturales,  
Y principio fatal de muchos males;  
Y corrige con ellas  
Esa nueva y feroz desenvoltura  
De mozos y doncellas,  
Con mano fuerte y dura,  
Antes que llegue al colmo la locura.  
Antes que de maldades  
Rebosando en la copa la medida,  
Y en villas y ciudades  
La fe ya corrompida,  
Busque la religion otra guarida.  
Y el triste pueblo sea  
Presa del enemigo, que tirano  
Abra el Estrecho, y vea  
Al bárbaro africano  
Renovar la jornada de Juliano.  
Mal ya poco temido,  
Que debiera excitar nuestro cuidado,  
Sin dar tanto al olvido



Que si crece el pecado,  
Allí tiene el azote reservado.

## VII.

## EN LA GUERRA CON LOS INGLESES.

Á SANTIAGO, PATRON DE ESPAÑA.

¡Oh quién pudiese ahora  
Las regiones pasar con presto vuelo,  
Que el sol calienta y dora!  
¡Quién penetrara al cielo,  
Y recorriera de tu gloria el velo!  
¡Cómo allí te vería,  
Lleno de honor, oh santo Cebedeo,  
El cáliz que algún día  
Anheló tu deseo  
Bebiendo ya con inmortal recreo!  
Premio que mereciste  
Por otro cáliz lleno de amargura  
Que á Cristo aquí ofreciste,  
Con fe firme y segura  
De conseguir por él tanta ventura.  
Cortado el sacro cuello,  
Y la preciosa sangre derramada,  
Con palma y laurel bello  
Te aseguran la entrada  
Con tu Maestro en celestial morada.  
La silla que imprudente  
Le pedía tu madre, ya te ha dado,  
En que, de refulgente  
Esplendor rodeado,  
Un día te verémos asentado.  
El día que el supremo  
Juez de vivos y muertos señalaré,  
Y de uno al otro extremo  
Del mundo resonaré  
La voz con que á juicio los llamaré;  
Libranos aquel día  
Del rigor de su ira, Apóstol santo,  
Y tu dulce porfía,  
Pues con él puede tanto,  
Supla lo que faltará á nuestro llanto.  
Y mientras esto llega,  
Mira cómo tu España se ve ahora  
De guerra en cruda brega,  
Donde tu cuerpo mora,  
Y por tí al verdadero Dios se adora,  
Mírala, y vuelve luego  
Tus ojos al inglés, que apoderado  
De los mares, y ciego  
De codicia guiado,  
La paz ha tantas veces estorbado.  
O templa su porfía,  
Y haz que se canse de la dura guerra,  
O cual caudillo y guía  
Nos fuistes en la tierra,  
Sélo en el mar, y su furor aterra.  
Aterra el insolente  
Orgullo con que quiere avasallarnos,  
Míralo, puesto enfrente  
De Cádiz, insultarnos,  
Saltar nuestras naves y robarnos.  
Si tu brazo no acude,  
¡Quién librarnos podrá de tal afrenta?  
¡Quién hay que nos ayude  
En la fiera tormenta  
Que ya en el horizonte se presenta?  
Solos y desvalidos,  
La tropa sin pagar, pobre el erario,  
Los bienes consumidos  
Que ha dado el santuario,  
Y expuestos de fortuna al viento vario.  
Defiéndenos á España  
Por cuanto el mar extiende su rodeo;  
Guardanos la montaña,  
Oh ilustre Cebedeo,  
De Firene y el término europeo.  
No quede alguna parte  
Por donde airado y fiero el enemigo,  
O con astucia y arte

El engañoso amigo  
Entre, y sea más duro su castigo.

Así tu cuerpo santo,  
Guardado cual riquísimo tesoro,  
Se acate y mire tanto,  
Que con igual decoro  
Lo respete el cristiano y tema el moro.  
Y el venturoso día  
En que reciba el premio deseado,  
Salga con alegría  
Del panteon sagrado,  
De fieles españoles rodeado.

## VIII.

## AL NIÑO DIOS,

## PRESENTADO POR SU MADRE EN EL TEMPLO.

Canten otros la gloria  
Del furibundo Marte, que derrama,  
Al són de la victoria,  
La sangre del que ama  
Con claros hechos ilustrar su fama.  
Canten de Citeréa,  
De la reina de Páfos y de Gnido,  
Los triunfos que vocea  
Cuanto amante rendido,  
Y el carcax y las flechas de Cupido.  
O de la blanca aurora,  
Asomada á las puertas del oriente,  
La luz consoladora,  
O de Febo luciente  
El incansable carro y rayo ardiente.  
O del cristal sonoro,  
Suelto corriendo por el verde prado,  
Las arenas de oro,  
O el cóncavo estrellado,  
O de Diana el rostro plateado.  
Mientras la musa mia,  
Arrebatada en generoso vuelo,  
Dejando á Polymnia  
Y al falso dios de Delo,  
Paz á la tierra canta, y gloria al cielo.  
La raíz aparece  
De Jessé con el vástago ofrecido,  
De Jacob resplandece  
La estrella, y el Ungido  
Del seno de la Virgen es nacido.  
Rásguese el sacro velo  
Que cubria el augusto santuario;  
Entre ya sin recelo  
Al intimo sagrario  
El judío, el gentil, el pueblo vario.  
Jehovah, ya propicio,  
Ni ara sangrienta, ni ferviente hoguera,  
Ni herido sacrificio  
De la cuchilla fiera  
Admite, sino amor y fe sincera.  
Oh pueblos, oh naciones,  
Venid, que entre el pagano y el judío  
No habrá más distinciones;  
Venid á un señorío  
Los del clima abrasado y los del frío.  
¡Miseria especie humana!  
Esculpíó Dios en tí su imagen pura;  
Borróla una manzana,  
Borróla tu locura (1);  
¡Qué cosa habrá ya en tí firme y segura?  
Perdióse eternamente,  
Mas noble que tú, el ángel en el cielo.  
Tú, por inobediente  
Perdida estando, al suelo  
Baja Dios mismo á remediar tu duelo.  
Que aunque para ofenderle  
Tu osadía bastó, no así bastára  
Para satisfacerle  
Tu llanto, ni se hallára  
Victima que la ofensa compensára.

(1) Estos versos están inspirados por un pasaje de san Cirilo, capítulo v. (Nota del Colector.)

Una Virgen, exenta  
De toda ley, se humilla, y obediente,  
En medio se presenta  
Del pueblo delincuente,  
Limpia, intacta, purísima, inocente.  
Y al que la ley ordena  
Lleva en sus brazos á cumplirla, cuando  
La pesada cadena  
Reduce á yugo blando,  
Las figuras y símbolos cesando.  
El mismo es sacrificio  
Y sacerdote, y númen, que lo ofrece,  
Y lo acepta propicio,  
Y con él te merece  
El perdón, y con él su gloria crece.  
Un día en el Calvario  
Su sangre verterá, dará su vida  
Por tí, y al santuario  
Celestial admitida,  
Recobrarás la herencia ya perdida.  
Ahora en el regazo  
De su Madre te llama á que lo adores,  
Donde con dulce lazo  
Une á los pecadores  
Con el Padre en castísimos amores.

## IX.

## AL NIÑO DIOS,

PRESENTADO POR SU MADRE EN EL TEMPLO Y PUESTO  
EN MANOS DE SIMEON.

Baja con presto vuelo,  
Musa divina, á modular mi canto,  
Baja del alto cielo,  
Y dí del sacrosanto  
Día que el pueblo fiel ensalza tanto.  
Y dí de la sagrada  
Raíz de Jessé cómo florece  
La vara deseada,  
Y cómo resplandece  
La estrella de Jacob, que hoy amanece.  
¡Oh venturoso día,  
En que anunciando altísimos arcanos,  
Trémulo recibía  
Simeon en sus manos  
La salud de los miseros humanos;  
Y elevados al cielo  
Blandamente los ojos, ya cumplido  
Viendo su dulce anhelo,  
Cantó como en su nido  
Canta el cisne á morir apercebido!  
«Suelta ya de la oscura  
Cárcel, Señor, el ánima mezquina,  
Pues tuve la ventura  
De ver tu luz divina  
Y la salud que el hombre no imagina.  
» Tu luz, que ya aparece  
Despertando las gentes y naciones;  
La gloria con que crece  
En timbres y blasones  
El pueblo que te rinde adoraciones.»  
Cantó, y del sacro coro  
Responde en el empíreo la armonía:  
«Salud, honor, decoro,  
Gloria, paz, alegría  
Al Cordero y al Padre que lo envía.»  
Y del sublime asiento  
Donde juzga el Señor á los mortales,  
Bajan en un momento,  
Con prendas y señales  
De amor y paz, mil genios celestiales.  
Del templo la sagrada  
Bóveda penetrando, á la manera  
Que la luz derivada  
De la celeste esfera  
Por el puro cristal pasa ligera,  
Entran, y en radiante  
Cercos se postra el escuadrón alado  
Ante el divino Infante,

Que está en el regalado  
Regazo de su Madre recostado.  
¡Qué diré, musa, ahora?  
Templa otra vez la citara suave,  
Y con voz más sonora,  
Armoniosa y grave  
Resonará mi canto en alta clave.  
El que con rayo y trueno  
Conturba con horriso estampido  
Del mar el ancho seno  
Y cae el cedro erguido  
A su imperiosa voz estremecido;  
El que romper pudiera  
Los ejes de la tierra en un instante,  
Por quien corre la esfera  
Con pasos de gigante,  
Derramando su luz el sol brillante,  
¡Es el mismo que ahora,  
Falto de todo, de miserias lleno,  
Siente, padece y llora,  
Niño, mortal, terreno,  
Victima triste del pecado ajeno?  
¡El que del obstinado  
Querubin eclipsó la excelsa lumbré;  
Y el hombre, colocado  
Del bien en la alta cumbre,  
Condenó á triste y dura servidumbre,  
Y errante verlo quiso,  
Y le cerró con puertas de diamante  
La entrada al paraíso,  
Ya con blando semblante  
Lo mira y busca y solicita amante?  
Eterno amor divino,  
Espíritu de paz y de consuelo,  
Tú al hombre peregrino  
Dejaste en este suelo,  
Por venir á buscarlo desde el cielo.  
Tú pusiste en los brazos  
De una doncella el Hijo omnipotente,  
Tú rompiste los lazos  
De la cautiva gente,  
Tú lo ofreciste victima inocente;  
Tú lo ofreciste al Padre,  
Por tí se presta al duro sacrificio  
La generosa Madre  
Con ánimo propicio;  
Por tí triunfa la gracia y muere el vicio.  
No la celeste llama  
Consumirá la hostia en este día;  
Ardor más puro inflama  
El pecho de María,  
Y olor de suavidad al cielo envía.  
En brazos virginales  
Veo, como en su altar, la ofrenda cara  
Con que de los mortales  
La salud se prepara,  
Y veo arder el holocausto y ara.  
Veo que al cielo llega  
El sacro fuego respirando amores,  
Y en llegando sosiega  
Del Padre los rigores  
Contra el hombre infeliz y sus errores.  
Los ángeles, cubriendo  
El rostro con sus alas, en profundo  
Silencio estaban viendo  
De carne, cual segundo  
Adán, vestido al Criador del mundo.  
Atónitos admiran  
Unida á la deidad la humil natura  
Del hombre, que allí miran;  
Y dicen: ¡A qué altura  
Pudo elevar tan baja criatura!  
Resuena el alabanza;  
Démosle nuestras cítaras de oro;  
Y pues á tanto alcanza  
Su gracia y su decoro,  
Alternará su voz en nuestro coro.



## X.

## Á LA CONCEPCION EN GRACIA

## DE LA VIRGEN MARÍA.

Divina criatura,  
Limpidísimo espejo en que se mira  
El Dios que te ha criado,  
De tu concepcion pura  
Cantar deseo; tú mi canto inspira,  
Tan dulce y acordado,  
Que de una en otra gente  
Pasando la memoria,  
Suene con él tu gloria,  
Mientras el mundo sus edades cuente.

El inefable arcano  
Enseñame á tratar de tal manera,  
Que alabe dignamente  
Del Hijo soberano  
La gracia que en ti luce y reverbera,  
Como de sol naciente  
En clarísima aurora;  
Y gloria suya sea  
La luz que te hermosea  
Y por él te distingue y condecora.

Cayeron á millares  
Los principes del cielo en el abismo,  
Al fuego condenados  
Y á perpetuos pesares;  
Y los hombres tambien fueran al mismo  
Suplicio destinados,  
Si Dios, que te salvára  
De peligro tamaño,  
Para evitar el daño,  
En tu virgineo vientre no encarnára.

Engañó la serpiente  
Astuta á la mujer curiosa y vana,  
Fingiéndola hacerla diosa;  
Y ella hizo inobediente  
Al hombre, que gustando la manzana,  
No consiguió otra cosa,  
Con el fatal bocado,  
Que de una sola herida  
Quitarse á sí la vida,  
Y á todo su linaje desdichado.

Dios, que con tal esmero  
Formado habia al hombre, y esculpido  
En él su semejanza,  
Enojado primero,  
Luégo que del infiel corazón vido  
La temprana mudanza,  
Aborreció su hechura,  
Y como disgustado  
De haberlo ya criado,  
Detestó tan ingrata criatura.

Entonces desplegando  
En su divina mente el anchuroso  
Lienzo de lo futuro,  
Vió el miserable bando  
De los hijos de Adán, que presuroso  
Hacia el Báratro oscuro  
Corria delincente,  
Y que en todo él no habia  
Sino tú, Madre mia,  
Quien no hubiese creído á la serpiente.

Generacion ingrata,  
Hija de ingrato padre y madre aleva,  
¿Qué pérdida injusticia  
Te ciega y arrebató?  
Contra tu Dios á resistir se atreve  
Tu ingénita malicia,  
Y en el primer pecado  
Toda junta cayeras,  
Si toda junta fueras  
Convidada á probar aquel bocado.

Y en efecto, caíste  
Con prematura y torpe rebeldía,  
Y aun antes que existieras;  
Del modo que pudiste,  
Contra el cielo mostrastes tu osadía  
Y miras altaneras;

Mas viendo tu desgracia  
El Dios de las piedades,  
Opuso á tus maldades  
El inmenso torrente de su gracia.

Y á la que vió con ella  
Prevenida ab eterno de su mano  
Vuelto el rostro amoroso,  
Mirándola tan bella,  
Resto inocente del linaje humano,  
Elígela piadoso  
Para que se presente  
Por todos al combate,  
Y venza y desbarate  
Y pise la cerviz de la serpiente.

Y de ella nazca luégo  
El nuevo Adán, que, libre de pecado,  
A la ira del Padre,  
Con tierno y dulce ruego,  
El cuerpo á padecer aparejado,  
De casta Virgen Madre  
Sin varon concebido,  
Ofrezca, y ésta sea  
La hostia en que se vea  
Dios aplacado, el hombre redimido.

Como en la tenebrosa  
Noche el trueno espantoso, el Noto fero,  
El rayo centellante,  
La lluvia tormentosa  
Arruinar amenaza el orbe entero;  
Y luégo en un instante,  
Si serena aparece  
La clarísima aurora,  
Del día precursora,  
Cesa el temor, el riesgo desaparece;

Así la justa ira  
Cede allí su lugar á la clemencia;  
El Dios de la venganza  
Desarmado se mira  
A la vista feliz de la inocencia;  
Y de nueva alianza  
Cerrado el testamento,  
El humano linaje,  
Borrado ya su ultraje,  
Lleno se ve de gloria en un momento.

Porque de la manchada  
Generacion, sin mancha concebida,  
Intacta y pura nace  
La bienaventurada  
Madre del que le viene á dar la vida;  
Y por ella renace  
El perdido derecho  
En la hostia placable,  
Acepta y agradable,  
Con que á Dios deja el hombre satisfecho.

¡Oh arca venturosa,  
Destinada á guardar hostia tan bella!  
¡Oh floresta cerrada!  
¡Oh fuente misteriosa,  
Que la mano de Dios bendice y sella!  
Tu alma inmaculada,  
Tu carne casta y pura  
Prendó de Dios los ojos,  
Y templó sus enojos,  
Y del cielo rompió la cerradura.

## XI.

## Á LA ASUNCION DE NUESTRA SEÑORA.

Levántate del suelo,  
Cristalino vapor, que de frescura  
Llena el aura suave,  
Y en sosegado vuelo,  
Poco á poco extendido hasta la altura  
Del claro sol, con grave  
Majestad y decoro  
En torno lo rodea,  
Y su carro hermosa  
Con esmaltes de nácar, plata y oro.  
Templa así sus ardores  
Y mitiga la luz inaccesible

De la brillante esfera,  
Y esparce entre las flores  
Aquella suavidad apetecible  
Que el campo refrigera  
Del ardor del estío,  
Y lo fecunda luégo  
Con silencioso riego  
En menudo blandísimo rocío.

Así tú, Virgen pura,  
Por divina atraccion arrebatada  
Del suelo en que yacias,  
Y puesta en tal altura  
En cual nunca se vió cosa criada,  
Interponiendo, plas,  
Del Padre á los rigores,  
Tus preces maternales,  
Das sombra á los mortales  
Y templos de su ira los ardores.

Y cuando el hombre malo,  
Que al enojado Dios mirar no osára,  
Se siente arrepentido,  
En vos halla regalo,  
Con que del mal pasado se repara;  
Y así fortalecido,  
Mirando en vos, Señora,  
Su dulce medianera,  
Cobra aliento, y espera  
Aplacar la justicia vengadora.

Un tiempo tu pureza  
Y tu humildad atrajo al Sol divino,  
Que quiso en tus entrañas,  
Depuesta su grandeza,  
Habitar nueve meses de continuo.  
Y las gentes extrañas,  
Al salir de tu seno,  
Rendidas lo adcraron,  
Y ver con él lograron  
De alegría y de paz el mundo lleno.

Ahora ya subido  
En el trono de gloria de su Padre  
Con inmortal reposo  
El Hijo esclarecido  
Del casto vientre de la Virgen Madre,  
Atráela amoroso,  
Como á la niebla fria  
Atrae el sol dorado,  
Y sube con su amado,  
Que la llena de paz y de alegría.

De allí sus bendiciones  
Generosa derrama en este suelo,  
Con dulces esperanzas  
De gracias y perdones  
A los que en ella ponen su consuelo.  
Tú, pues, que nos alcanzas  
Tanto bien, oh Señora,  
Haz que tu Hijo amado  
Olvide el mal pasado,  
Que arrepentida el alma siente y llora.

Haz, Virgen soberana,  
Que cuando llegue de la triste vida  
La hora postrimera,  
El ánima cristiana  
Valerosa del cuerpo se despida,  
Y con fe verdadera  
Y esperanza amorosa  
En tus manos se entregue,  
Y á feliz puerto llegue,  
Donde celebre tu Asuncion gloriosa.

## XII.

## Á LA FE.

Oh Fe, virtud sincera,  
Madre de la esperanza, hija del cielo,  
Riqueza verdadera  
Del justo, que sin duelo  
Ver descornado espera el santo velo;  
El velo con que cubres  
De densa oscuridad la luz futura,  
Y al paso nos descubres

Senda firme y segura,  
Por do lleguemos á eternal ventura;  
Y de ella poseidos,  
Ya no necesitamos de tu guía;  
Y absortos los sentidos,  
Contemplan aquel día  
Lo que aquí la esperanza prometia.

Dichoso el que constante  
Siga tus pasos y de ti confíe;  
Su corazón amante  
Al bien eterno guíe,  
Y de todo tropiezo se desvie.  
Por tí Abel ofreciera,  
Más generoso que Cain, su hermano,  
Lo mejor que tuviera  
A Dios con larga mano;  
Por tí su sacrificio no fué vano.

Y el fuego que del cielo  
A consumir bajó la ofrenda cara,  
Premio fué de su celo;  
Aunque el otro envidiara  
Lo que no mereció su mano avara.  
Por tí Henoc agradable  
Fué siempre á Dios; y arrebatado un día  
Por su mano adorable  
Del suelo en que vivía,  
Aun hoy lo oculta de la tumba impia.

Por tí Noé, advertido  
Del estrago que al mundo amenazaba,  
Aunque no era creído,  
Continuo predicaba  
Y el arca en que salvarse preparaba.  
Por tí Abraham, obediente  
A la voz del Señor, su casa deja;  
De su patria y su gente  
Voluntario se aleja,  
Y en extraña region vive sin queja.

Porque allí peregrino  
Espera en otra parte la morada  
Que arquitecto divino  
Le tiene preparada  
En ciudad por su mano edificada.  
Por tí, siendo tentado,  
Fiel Abraham, á la cuchilla fiera  
Ofrece el hijo amado,  
Hijo de quien espera  
Numerosa progenie y duradera.

Creyendo que el que á Sara  
Dió tal hijo, ya estéril, y el anciano,  
Aunque allí lo inmolára,  
Puede, y está en su mano,  
Volvérselo con vida salvo y sano.  
Tú el firme fundamento  
Eres de cuantos bienes esperamos;  
Tú eres el argumento  
De lo que no alcanzamos  
A ver ahora y tanto deseamos.

¡Oh! llegue el feliz día  
En que tú y la esperanza retiradas,  
Con perpétua alegría  
El alma las moradas  
Habite para el justo reservadas.

## XIII.

## Á LA ESPERANZA.

De tí, oh firme y segura  
Ancla con que Salem es sostenida  
Del golfo en la bravura,  
El alma combatida  
Por las olas y vientos de esta vida;  
De tí cantar deseo,  
Que has sido en mil contrastes de fortuna  
Mi luz y mi recreo;  
De tí, por quien ninguna  
Suerte me ha sido grave ni importuna.  
¡Quién, si no tú, nos diera  
Seguridad en mar tan borrascoso?  
¿Dónde sin tí pudiera  
Hallar dulce reposo